

Movimientos: lo que se mueve y lo que "no se mueve"

Notas sobre la investigación de los obreros mexicanos *

Sergio L. Yañez Reyes**

1. Sobre el presente trabajo

El objetivo que perseguimos es doble: nos interesa, en primer lugar, reflexionar algunas características bastante difundidas entre los estudios que sobre los obreros mexicanos se han producido en los últimos quince años; sin duda los más intensos en este tipo de investigación (1). Para ello parece necesario ligar esa suerte de empeño febril por recuperar, explicar y difundir las experiencias de los trabajadores industriales, con las acciones que diversos contingentes llevaron a cabo durante la década anterior.

Por otro lado, quisiéramos emprender un esfuerzo crítico y autocrítico para ubicar el punto al que se ha llegado y recapacitar sobre las alternativas que se presentan en la actualidad. Nuestro trabajo habrá cumplido su tarea si a más de contribuir a sintetizar una experiencia generacional, logra convocar a la reflexión sobre los caminos que hace falta recorrer y sobre los imperativos que el conocimiento crítico de la sociedad plantea. Todo esto sin olvidar que, hoy como ayer, el motivo principal de nuestro proceder son individuos, grupos y sectores sociales a los que mucho ayudaremos si en vez de apresionar en esquemas, definir su camino o quererlos conducir, aportamos modestamente lo propio de nuestro trabajo; con el fin de que tengan mayores elementos para decidir su destino.

2. Una tendencia bastante reciente

En nuestro país el encuentro de la clase obrera en tanto sujeto de estudio específico es bastante reciente. El interés continuado por comprender a los trabajadores; por detectar sus peculiaridades, medios y modos de vida; por capturar intelectualmente sus acciones; así como la voluntad para obtener resultados, difundirlos y debatirlos, alcanza apenas doce o quince años. Nos referimos desde luego a un esfuerzo especializado, colectivo y permanente, que se despliega sobre todo a partir del medio intelectual (universidades y centros de investigación), pero que fundamentalmente es impulsado por acciones sociales, sindicales y políticas.

Al decir lo anterior no pretendemos desconocer los aportes de obreros y militantes cuyas obras y memorias resultan hoy día verdaderos clásicos, documentos fundamentales para el estudio del proletariado en nuestro país (2). Tampoco la labor de algunos investigadores que de tiempo en tiempo

acometieron el análisis que referimos; lo que interesa destacar es que sólo después de 1970 dicho estudio devino ingrediente fundamental de la investigación social mexicana.

Semejante situación no se produjo gratuitamente. Existen razones históricas que permiten su explicación. El crecimiento económico y la industrialización del país, intensificada a partir de 1940, modificaron el panorama nacional.

El México fundamentalmente agrario de principios de siglo empezó a ceder. En efecto, mientras se expandían como nunca antes las ya existentes, emergieron zonas urbanas de nueva creación. Industria y urbanización constituyeron un síntoma sin duda tardío y subordinado de nuestro acceso a la modernidad. Fueron además el motivo de grupos, sectores y correlaciones sociales nuevas. Durante los años que van de 1940 a 1970 el sistema político forjado después de la Revolución, emergió como artificio del desenvolvimiento capitalista y pareció resistir los más diversos embates de la sociedad civil.

Nadie puede negar las luchas de los trabajadores durante el periodo. Sabido es que a pesar de múltiples ataduras y golpes, los obreros mostraron capacidades para la acción; sin embargo, patrones y sistemas se las arreglaron para reducir sus esfuerzos y mandar al olvido las mejores acciones de los dominados. En tales condiciones la recuperación y conservación de cada experiencia fue cuestión de pequeños núcleos, de grupos muchas veces en desbandada, aislados o perseguidos.

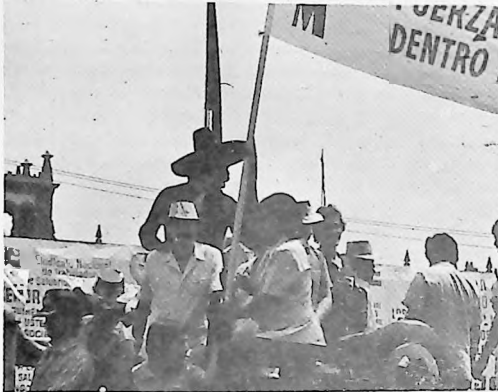
Así, al carácter sobradamente contemporáneo de una industrialización que forjaba aquí y allá sectores proletarios y urbanos de reciente creación, se agregaron situaciones políticas e ideológicas que harían relativamente impracticable el análisis detallado de los obreros y sus movimientos. En la Universidad, posiciones liberales, progresistas o de izquierda distanciadas o no del control oficial, privilegiaban otros temas, sobre todo los relativos al Estado y su papel en la sociedad. Por regla general, presentarían al poder público no sólo como centro indiscutible de sus elaboraciones sino también como la causa y destino últimos de todo el acontecer nacional.

Así pues, cabe recurrir a 1968 y su secuela para entender la emergencia de aspectos que transformaron radicalmente el panorama nacional. Como es sabido, el activismo estudiantil de que aquel año surgió en el marco de un deterioro evidente del modelo de crecimiento practicado en el país (4), mismo que se fundaba en la sobrevivencia de sólidos mecanismos de control sobre la mayor parte de la población (5).

* La versión original del presente trabajo se presentó en el VI Encuentro Nacional de Historia del Movimiento Obrero, que tuvo lugar en la UAM Xochimilco en el mes de octubre de 1984

** Escuela Nacional de Antropología e Historia

Debido a ello, nos parece, la acción universitaria no encontró adhesión por parte de otras capas sociales. Excepción hecha de algunos núcleos que provenían de ramas industriales y/o sindicatos con tradición de lucha, la mayoría de los trabajadores del país permanecieron al margen de las movilizaciones. El PRI y algunas agrupaciones oficiales, hicieron todo lo posible para evitar reacciones en los medios obrero—campesino y popular ⁽⁶⁾.



A lo largo de las acciones, sin embargo, estudiantes, grupos activistas y corrientes políticas intentaron establecer vínculos con los sectores dominados. A través de las brigadas y del Comité Coordinador de las mismas, se buscó poner en marcha una suerte de "alianza estudiantil—popular".

Así, en el centro de una experiencia social y generacional definitiva, muchos estudiantes que serían académicos e investigadores en la década siguiente, comprendieron por vía práctica algunas tareas que la propia experiencia tornaba urgentes. Después de la represión que clausuró el conflicto, muchos volvimos a escuelas e instituciones educativas con la idea de encontrar explicaciones y nuevas alternativas. No se abandonaron desde luego el activismo ni la militancia, pero el estudio crítico y la investigación de la vida nacional se incorporaron, en varios casos, como ingredientes de la acción transformadora sobre un país pleno de estructuras caducas. De una juventud académica vupleada surgiría una generación dispuesta a comprometer su quehacer profesional con las necesidades y aspiraciones del pueblo mexicano.

En ocasiones, el empeño de establecer contacto con las clases subalternas se había visto acompañado por intentos de formulación teórica. Al principio, sin embargo, continuando tradiciones presentes en la izquierda mexicana, las elaboraciones se redujeron a rosarios de citas que poco decían sobre la verdadera situación de los sujetos que deseaban interpretar.

Por tratarse de un sector cada vez más importante para la sociedad mexicana, por su proximidad en el horizonte urbano y, desde luego, por los planteamientos del marxismo en boga durante aquellos años, muchos estudiantes e investigadores dirigieron su atención hacia los obreros industriales.

De esta manera, hacia el fin de los sesenta, se establecían dos condiciones del proceso que aquí evaluamos: de una parte, una problemática real, acuciante y aún sin resolver y, por la otra, individuos, grupos y organizaciones ligados de diversos modos con el trabajo intelectual, que habiendo captado problemas apremiantes se aprestaban a buscar medios para su solución.

3. Lo que se mueve

La tercera determinación fue aportada por los trabajadores mismos. Desde la primera mitad de 1970 diversos sectores comenzaron a agitarse; varios rompieron el silencio y pasaron a la acción. Fundidores, navieros, cementeros, llanteros y textiles, primero; ensambladores de automóviles, constructores y electricistas después, protagonizaron un despertar sindical y huelguístico que habría de extenderse por casi siete años. La "insurgencia sindical" —como se denominó a este auge— fue la continuación obrera del estallido social de 1968, también el caldo de cultivo más importante para la prosperidad de estudios sobre el proletariado mexicano.

Los objetivos del presente trabajo impiden evaluar, con la profundidad que se debiera, tan importante periodo ⁽⁷⁾. Baste señalar que durante esos años se formularon exigencias de amplia significación, como la permanencia y respeto de las organizaciones obreras; modalidades de independencia ideológico—política y de ejercicio de la democracia sindical. Mejoras en la situación económica y laboral, a más de la caída del "charrismo" encarnado por dirigentes y organizaciones oficiales, fueron las demandas más constantes y extendidas de toda la fase.

Como es de suponer, estos hechos alimentaron por todas partes el interés por los estudios obreros. Para estudiantes y activistas que habían asistido al 68 universitario y para las organizaciones y partidos que entonces proliferaban, la insurgencia fue un reto político, teórico y práctico a la vez.

De otra parte, no se trataba de un movimiento geográfico o políticamente centralizado. Desde el inicio se presentó como acción extensa y múltiple. En los más diversos lugares del país aparecían brotes, se ataban y desataban cabos. Era como una reacción en cadena a la que continuamente se agregaban ramas y sectores. Bajo este impulso numerosos integrantes del medio intelectual fueron atraídos por la movilización. Estudiantes de casi todas las universidades del país, docentes e investigadores, alumnos y profesores de centros de nueva creación como los Colegios de Ciencias y Humanidades, Bachilleres, y las Escuelas de Estudios Profesionales de la UNAM, todos buscarían integrarse al auge sindical. Los efectos sobre el conocimiento y las elaboraciones teóricas pronto se dejaron sentir. Muchas interrogantes emergieron directamente de la acción: ¿Cuál era la experiencia anterior?, ¿quiénes y por qué la habían protagonizado?, ¿qué era y cómo estaba compuesta la clase obrera mexicana de los setentas?, ¿quiénes eran sus enemigos?, ¿quiénes sus aliados reales y potenciales?, ¿por qué hasta ahora se movilizaban?, ¿quiénes lo hacían, quiénes lo harían?, ¿cómo y por qué?, ¿con qué demandas?...¿Qué desarrollo caracterizaba al país?, ¿cómo afectaba a los trabajadores? ...¿Qué era una huelga?, ¿cómo ganarla?, ¿cómo y

cuándo atacar, cuándo replegarse, cómo negociar?, ¿qué eran democracia e independencia sindicales?, ¿habían existido con anterioridad?, ¿cómo se habían perdido?, ¿qué era el control, quiénes lo capitalizaban, para qué, cómo romperlo?, ¿en qué consistía la política obrera del Estado?, ¿qué hacer frente a él?, sobre todo esto existían nociones, ideas, apreciaciones vagas; la realidad exigía bastante más. El estudio de los obreros mexicanos se planteaba así, como una necesidad real con objetivos prácticos e inmediatos: En ello radicó tal vez su fuerza e influjo iniciales.



En corto tiempo las jornadas abrieron mentes y bocas; hicieron trabajar plumas hasta entonces silenciosas o poco elocuentes. La existencia, el modo de vida y las perspectivas de los trabajadores se convirtieron en espacios de reflexión, donde obreros, activistas e intelectuales trataban de localizar respuestas. De lo anterior no cabe desprender que los materiales escritos —menos aún los publicados— fueran elaborados en forma equitativa; fue siempre mayor lo producido por intelectuales que los estudios directamente confeccionados por trabajadores; sin embargo, importantes franjas de obreros se acercaron, quizás por primera vez en su historia, a la reflexión crítica, con ingredientes teóricos, sobre su situación, proceso y alternativas. Existen desde luego avances que no pueden medirse en número de cuartillas.

Las aseveraciones anteriores conducen a una discusión que tiene que ver con el destino y eficacia de los documentos que los intelectuales producen, aspecto por cierto muy poco analizado. En países como el nuestro existen “esferas de circulación” de materiales intelectuales que separan en dos o más grupos al conjunto de la población. Por una parte se encuentran las capas con acceso a la educación y a los valores culturales. Entre éstas, la posesión y manejo de recursos como “mantenerse informado” y acercarse a elementos, sistemas y procesos teóricos y culturales que pueden concluir en una profesión. Hay, desde luego, niveles de especialización y elecciones, pero la característica común es la “posibilidad de acceso”. Las clases dominantes y medias del campo y la ciudad —con relativa ventaja en favor de las segundas— se localizan aquí.

Cosa diferente ocurre con la mayor parte de los obreros, campesinos, grupos indígenas y pobladores pobres del campo y la urbe. Aunque se les puede considerar exentos de toda educación, por lo regular encuentran dificultades serias para emprender estudios y llegar a nivel profesional. Hay entre ellos gradaciones que van desde la preparación técnica (obreros profesionales, por ejemplo) hasta el más completo analfabetismo; su acceso a libros y publicaciones analíticas o científicas es bastante reducido. Cuando éste se da tiene que ver requerimientos de la educación formal (libros de texto; publicaciones, diarios y revistas convenientemente depurados, etc.). En otras ocasiones se trata de cierto avance en la conciencia (participación, por ejemplo, en organizaciones locales, sindicales, políticas y hasta religiosas) o del contacto con medios intelectuales (la influencia de activistas o los vínculos obrero—estudiante, obrero—intelectual, en puntos de encuentro entre los que destacan períodos de huelga o movilización). Quienes caen dentro de estas gradaciones son, sin embargo, núcleos minoritarios.

Desde tal perspectiva la gran masa de los productos intelectuales, aún cuando aborden la situación, características y alternativas de las clases dominadas, no llegan a ellas; son más bien elemento para el consumo potencial de las capas de la primera esfera de la circulación o, en el mejor de los casos, de algunos elementos seleccionados de la segunda. Lo dicho opera tanto en libros —más aún con los precios hoy propiciados con la inflación— como para la mayoría de las publicaciones periódicas.

En épocas de intensa acción social, sin embargo, a más de incrementarse el número de publicaciones, aumenta la cantidad de lectores, crece la propensión a conocer y estar informado. Ello posibilita que buena parte de las elaboraciones fluya con eficacia hacia sus destinatarios. Empero es ésta la excepción y no la regla. Fuera de tales etapas, el impacto real de los documentos es siempre focalizado y reducido. Ello debe ser motivo para la reflexión y búsqueda de alternativas.

Los hechos que influyeron el despliegue intelectual de los setenta, dejarían su huella sobre él. No sólo en los análisis del momento sino también al remontarse a la historia del país, los investigadores recurrieron fundamentalmente a experiencias sobresalientes. La presencia de las masas en la calle marcó una predilección intelectual por todo lo que fuera agitación. De esta manera, quienes emprendimos búsquedas históricas lo hicimos casi siempre en torno a períodos combativos del proletariado nacional. Se hurgó sobre todo en los treinta y el cardenismo⁽⁸⁾, en el “charrazo” ferrocarrilero de 1948 y la avanzada sindical de 58—59⁽⁹⁾. También se iría al movimiento anarquista de los años veinte⁽¹⁰⁾, a las luchas y organizaciones del siglo XIX⁽¹¹⁾, a los primeros tiempos de la centuria actual, sin faltar desde luego la presencia obrera en la Revolución Mexicana⁽¹²⁾.

Considerar todo lo que se ha movido en la historia de los trabajadores mexicanos, fue lo característico de esta fase⁽¹³⁾. Pronto la figura “movimiento obrero” daría nombre a colectivos, materias, grupos y talleres de investigación; a instituciones y organismos; a reuniones científicas, coloquios, congresos, etcétera. La evolución atravesó diferentes territorios.

En el ámbito académico, economistas, sociólogos, politólogos, historiadores y más tarde filósofos, antropólogos, literatos, lingüistas y hasta contadores; todos los oficios se vieron influidos por la marea proletarista. Hacia el final de la década se hablaba, en forma un tanto despectiva, del movimiento obrero como la última "moda" de la intelectualidad.

La experiencia arrojaría resultados. Profesores, investigadores y alumnos construyeron dentro de las instituciones de educación una importante infraestructura para el análisis de las luchas sindicales. En casi todas las escuelas, facultades y centros de investigación se incrementaron los proyectos relativos a la clase obrera. En varios lugares la importancia del fenómeno permitió obtener recursos o poner a disposición los que había, para llevar a cabo las investigaciones.

De otra parte aparecieron publicaciones, revistas, libros y colecciones especializadas, que intentaban dar cuenta de los temas y problemas concernientes al movimiento obrero nacional.

Por lo que toca al avance interpretativo, desde enfoques en su mayor parte marxistas, se emprendió una magna reformulación de la dinámica obrera nacional. Visto de manera global, el proceso reportó un mosaico histórico incompleto pero próximo a la panorámica general del desenvolvimiento proletario.

Lo más notable tal vez, lo que poco a poco distinguiría a estas formulaciones de sus antecesoras, fue la introducción de mayor y mejor información sobre los sucesos que se abordaban. Como veremos, tanto los estudios históricos como los más diversos seguimientos contemporáneos recurrieron recientemente a documentos claves y fuentes directas, a datos proporcionados por protagonistas, a sujetos y hechos concretos. De esta manera se removería el inmenso arsenal de fórmulas sin correlato empírico con las que hasta poco antes se atriboraba cada publicación, para mal—sustituir la evidencia real. La ortodoxia libresca, el academicismo y el dogmatismo acrítico no desaparecerían, pero al menos, por una suerte de autocensura colectiva, algunas corrientes comenzaron a exigir otros niveles de referencia a los acontecimientos de la realidad.

El extenso periodo de agitación dejaba así su huella sobre el despliegue intelectual. A pesar de formulaciones en contrario, fue el actuar obrero y popular el que sugirió espacios y abrió derroteros nuevos para la investigación.

Sin embargo, las lagunas —casi siempre más grandes de lo que imaginamos— no se agotaron ni mucho menos. El avance hasta hoy logrado permite dimensionar con mayor detalle las ausencias prevalecientes. Así, por ejemplo, frente al conocimiento sobre "lo que se ha movido", se extienden múltiples espacios inéditos de la vida de los trabajadores mexicanos.

A fin de cuentas, por las más variadas razones históricas, los sectores insurgentes del proletariado nunca han sido mayoritarios; de modo que por simple comparación cuantitativa el conocimiento de los contingentes movilizados sólo habla de un segmento, sin duda fundamental, pero limitado. El problema se agrava aún más si se analizan con detalle los núcleos sindicales que participaron en las jornadas de la dé-

cada pasada. El número real de obreros activos mostraría que son muchas las interrogantes que quedan en pie.

4. Lo que "no se mueve"

Empleando un parámetro exclusivamente académico podemos señalar que desde la publicación del libro de Antonio Alonso en 1972 (el primer trabajo post-68 expresamente referido al movimiento obrero), hasta la cuarta reunión nacional del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (CEHSMO), en 1982⁽¹⁴⁾, mediaron diez años en que importantes esfuerzos de investigación se dirigieron al ámbito tantas veces citado.

A lo largo del periodo nuevos problemas se abrirían paso. Ello era inevitable. Experiencia tan llena de determinaciones como la obrera no empieza ni se agota con la organización laboral, las salidas a la calle, la toma de fábricas, las manifestaciones públicas y la huelga. Todos estos constituyen aspectos de épocas de tensión, son por lo tanto *facetas* que tienen sin duda antecedentes, bases estructurales, alternancia, combinación y repercusiones sobre otros niveles de un modo social de ser y proceder.

Su explicación plena exige, por tanto, concreta ubicación, reclama recurrir a otros ámbitos de la experiencia proletaria y tratar de observar ésta como una totalidad.

Y es que a pesar de su riqueza e incuestionable importancia, el estudio de los trabajadores desde la sola perspectiva de la movilización especialmente en un país como el nuestro, resulta a la larga algo en muchos sentidos particular y, por supuesto, poco representativo desde un punto de vista organizativo y político. Esto último no solo con base en la ya anotada sectorialización de los núcleos que se mueven, sino —y esto es lo más importante— por el desconocimiento de espacios, radios de actuación, fuerzas y perspectivas, a que se puede llegar. En otras palabras, la observación que sólo se propone captar "lo que se mueve" termina dejando de lado lo que "no se mueve" o, mejor dicho, lo que superficialmente parece dado, inmóvil, inmutable, intrascendente. Aquello cuya esencial dinámica clama por otros planos de análisis, por formas distintas de indagación y nuevos lazos de interconexión. El peligro es que hasta la más elemental pregunta: ¿Qué ocurre donde no se aprecia movimiento?, y su correlativa ¿a qué se debe tal ausencia? (aplicables ambas a más del 50 por ciento de los obreros mexicanos), queden fuera de consideración.

Muy cerca del fin de la década anterior, los estudios obreros comenzaron a experimentar una viva transformación. Por una parte proliferaron los "estudios de caso", la recuperación reducida en extensión, pero plena de riqueza, contenido y profundidad, de vivencias particulares de los trabajadores industriales. Al parecer, después de una etapa —que suele ser necesaria en cualquier área de investigación— en la que el análisis pretendía obtener conclusiones de periodos muy amplios —por lo regular visiones generales o historias sexenales⁽¹⁵⁾—, se extendió la positiva preocupación por ir de modo meticuloso a los detalles de una huelga, de alguna localidad, fábrica o de cierta organización.

Semejante desarrollo mejoró de inmediato la comprensión de muchas acciones obreras; sobre todo permitió detectar los tiempos y ritmos propios de éstas, las preocupa-

ciones y objetivos realmente presentes, sus avances y dificultades concretas, los sujetos de carne y hueso participantes. Los "estudios de caso" han contribuido a la construcción de un perfil proletario más preciso y con intensas dimensiones.

Lo anterior coincidió con la *descentralización de los estudios*. Por diferentes rumbos del país florecieron grupos de investigadores y organismos cuyos objetivos han sido recoger expresiones locales y regionales del movimiento. Esta tendencia, observada en otros centros urbano—industriales como Monterrey, Puebla, Jalisco, Xalapa y Yucatán, enriquecerá sin duda la comprensión nacional de la praxis proletaria.

El último aspecto fue la *aparición de problemas, temas, líneas y ópticas de investigación nuevas*, tendencia que se acentuó durante los primeros años de los ochentas. El definitivo avance hacia estos campos estuvo motivado por el decaimiento que sufriera la insurgencia sindical a partir de 1976. Actualmente tiende a profundizarse entre otras razones con motivo de la parálisis sindical provocada por la crisis y su secuela.

Entre las líneas de trabajo a las que nos referimos destacan las relativas a la *cotidianidad fabril*: industrialización, proceso de trabajo, efectos económicos—sociales de la innovación tecnológica, desempeño y relaciones en el proceso productivo, resistencia cotidiana, reglamentación, etcétera. Al *modo de vida y la condición proletaria*: migración, empleo, movilidad física y ocupacional, salud y enfermedad, accidentes laborales, equipamientos colectivos de consumo, tiempo libre, condiciones de existencia en el espacio extra-fabril, relaciones y formas de interacción con otros sectores populares, jóvenes y familia obrera, mujer proletaria, y hasta el debate sobre la conciencia y la cultura obrera. Finalmente —el recuento no pretende ser exhaustivo— proliferan nuevas ópticas sobre las *estructuras organizativas*: relaciones de poder, consenso y disenso en las agrupaciones, vínculos dirigentes-dirigidos, administración de las demandas, etcétera.

Como se puede apreciar, varios puntos rebasan la simple diversificación temática para apuntar problemas teóricos y metodológicos de primer orden. Ello se debe a que la consideración de estos problemas, su estudio y sistematización no pueden ser los mismos que los empleados para analizar luchas y movilizaciones.

La conclusión anterior es producto de nuestra experiencia más reciente. El año pasado emprendimos una aproximación antropológico-urbana para detectar las relaciones que entablan los trabajadores en una zona industrial de la Ciudad de México. Acudimos para ello tanto a las áreas de producción económica como a los espacios de reproducción del entorno. Un avance de los primeros resultados alcanzados puede consultarse en el artículo *Trabajo y relaciones sociales. Una zona cementera de la Ciudad de México*, (Cuicuilco, número 17, 1986), (16).

5. La investigación de los ochenta. Tareas y sugerencias

Las transformaciones experimentadas por los estudios sobre clase obrera abren perspectivas en varios terrenos.

Plantean, en primer lugar, la recuperación de los avances acumulados en todas las disciplinas sociales. Para ser verdaderamente rica, dicha recuperación ha de efectuarse no como acceso a esquemas inmutables o "palabras últimas" a las que sólo es dado suscribirse, sino como indagación crítica que permita recoger aportes, ausencias, limitaciones e hipótesis de trabajo. Para lograr lo anterior es necesario que los hechos de la realidad sean el elemento prioritario y definitivo, el parámetro para contrastar cualquier formulación o edificar nuevas elaboraciones.

Las alternativas de trabajo que mencionamos no hacen sino advertir la magnitud de las tareas que se encuentran por delante; insinúan también la infraestructura y los esfuerzos que seguramente se requerirán para avanzar como es debido.

Para comenzar, los temas y problemas recientemente avisorados, no tienen porque erradicar a los que les antecedieron. Nada más equivocado que investigar condición obrera y proceso de trabajo sin ligarlos con la lucha y la experiencia social. De igual manera, el debate sobre formas de conciencia, cultura y expresiones culturales carece de significación si se le separa de las necesidades, requerimientos, aspiraciones y demandas de los obreros en tanto productores directos. Por último, la vida cotidiana perdería su riqueza si se le fragmenta o reduce a un ámbito marginal o externo, si no se le ubica en todas las dimensiones posibles.

En pocas palabras, ni el análisis de condiciones estructurales ha de separarse de la acción sindical o política, ni los estudios de caso tienen porque desplazar generalizaciones y totalizaciones sin duda necesarias, por no decir fundamentales. Por el contrario, la presente etapa —la cual preevemos como una profundización en los más variados ámbitos y sectores— puede ser el ámbito de un estudio obrero pivotado por diversas temáticas y pleno en determinaciones empíricas. Solo así podrán evitarse las globalizaciones simplistas y arbitrarias, y la repetición dogmática de esquemas teóricos o ideológicos sin correspondencia con la realidad.

De otra parte, habrá que romper con el aislamiento al que hemos sometido, en el terreno teórico, a la clase obrera. En el medio urbano los trabajadores industriales comparten espacios y mantienen diarios vínculos con otras capas de la población, con las que les unen vivencias, dificultades, pocas realizaciones y muchas expectativas. Cualquier enriquecimiento "desde dentro" de la investigación obrera será a pesar de todo restringido, si no se alcanza una mejor ubicación del proletariado en el conjunto de la sociedad. Tales son los senderos que se perfilan en el horizonte.

Para avanzar eficazmente habría que tomar en cuenta varios aspectos. En primer lugar, el nivel alcanzado por las investigaciones demanda acciones coordinadas de mayor extensión. Hoy más que nunca es necesario afrontar las tareas en forma colectiva; habrá que promover la formación de equipos de trabajo. La era del estudioso aislado, cuya brillantez individual y cúmulo de información le permitían ofrecer resultados insospechados, está definitivamente clausurada.

En el plano interinstitucional se deben buscar formas equitativas de colaboración. Sin duda resulta positivo cono-

cer lo que hacen otros investigadores; tanto más reunirnos cada año o cada dos, para comentar y debatir los avances en la materia, pero habría que esforzarnos por establecer intercambios permanentes de experiencias, materiales, información, trabajos y ponentes. El contacto entre grupos con temas comunes ayudará a ahorrar esfuerzos, a delimitar mejor el trabajo y desde luego a evitar repeticiones tan comunes en nuestro medio.

Por otra parte, el horizonte de indagación sugiere una actividad interdisciplinaria mucho más decidida. Ello tanto entre los que trabajan condición y movimientos obreros, como entre éstos y especialistas atentos a otros problemas y grupos sociales de la urbe. En el primer caso, la interacción de ópticas diferentes será motivo de enriquecimiento en la comprensión de los sujetos que estudiamos. En el segundo, podrían sentarse bases tanto para una visión integral de las clases subalternas (de sus reales vínculos y el espacio de su acción) como para abrir horizontes nuevos, muy sugestivos académica y políticamente.

Cabe señalar que más allá de las expectativas teóricas y analíticas que podamos formularnos, existe un contexto económico y político que incide sobre la investigación social en el país. La crisis actual, cuyo inicio coincidentemente se remonta a 1976, ha dejado sentir sus efectos tanto entre los trabajadores del campo y la ciudad, como sobre algunas áreas del llamado sector social (educación, investigación y difusión de la cultura, entre otras). Debido a ello to-

da propuesta debe contemplar las posibilidades materiales reales que puedan ser puestas en juego. Es imprescindible mantener y consolidar la infraestructura académica, de investigación y difusión conquistada en el pasado, y ponerla al servicio de los estudios en curso o de aquellos que haya que emprender.

Hay que conseguir nuevos financiamientos no sólo en los centros de nuestra adscripción, sino también de organismos ligados con la promoción de actividades científicas y, de ser posible, entre agrupaciones sindicales y populares. En el futuro habrá que sentar bases para un organismo de coordinación capaz de enlazar las necesidades expresamente reclamadas, con los grupos e instituciones en posibilidad de atenderlas.

Por último, en lo relativo a la difusión (la famosa vuelta a los sujetos de estudio) parece conveniente apuntalar formas que están ya en marcha, y buscar otras más eficaces. Entre las primeras se cuentan sin duda los boletines para información sindical, periódicos murales, revistas y folletos. Las segundas despuntan más bien por el rumbo de los métodos audiovisuales, la fotografía, el cine, los museos populares y otros. En este terreno lo más importante del trabajo que desempeñamos, es hacer llegar a los verdaderos protagonistas el producto de nuestra elaboración. Sin perspectiva de tal naturaleza el estudio de la clase obrera o de cualquier otro grupo subalterno pierde toda significación.

NOTAS

1. Escapa a los objetivos de este trabajo hacer un recuento minucioso de los materiales teóricos existentes sobre la historia y el movimiento proletario. En el pasado, varias elaboraciones incursionaron en tal dirección. Ver, por ejemplo: Victoria Novelo y Juan Luis Sariego, "Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera", y José Woldenberg, "Características de los estudios sobre la clase obrera y el movimiento obrero en México: 1970—1978", en *Memorias del Encuentro sobre Historia del movimiento obrero*, UAP, México, 1980, t. I. pp. 13—59. También, en un sentido exclusivamente antropológico: Raúl Nieto Calleja, "Algunas consideraciones sobre Antropología y clase obrera en México", en M. Nolasco (Comp.), *La Antropología y sus sujetos de estudio*, Cuadernos de la Casa Chata, No. 107, México, 1984, pp. 157 y ss.
2. Destacan desde luego los trabajos de Jacinto Huitrón, Luis Araiza, Rosendo Salazar, Vicente Lombardo, V. Campa, M.A. Velasco, Hernán Laborde, Mario Gill, José Revueltas, Demetrio Vallejo y Bernardo Cobos, entre otros.
3. La evaluación puntual de los estudios anteriores a 1968, está todavía por hacerse. Existen sin embargo, algunos ejemplos del tipo de investigación que se practicaba: Alfonso López Aparicio, *El movimiento obrero en México. Antecedentes desarrollo y tendencias*, Ed. Jus. México, 1958, 80 pp.; Vicente Fuentes Díaz, "Desarrollo y evolución del movimiento obrero a partir de 1929" en *Ciencias Políticas y Sociales*, año V, No. 17, Julio—Septiembre de 1959; Guadalupe Rivera Marín, "Historia del movimiento obrero" en *México: 50 años de Revolución*, Ed. FCE, México, 1960, T. III; Joe C. Ashby; *Organized Labour and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, Chapell Hill, The University of North Carolina Press, 1967, 352 pp; Gastón García Cantú, *el Socialismo en México, Siglo XIX*, Ediciones ERA, México, 1969, 515 pp.
4. Los datos oficiales presentaban un cuadro de todo punto optimista. En 1969, Octaviano Campos Salas, Secretario de Industria y Comercio del Gabinete de Díaz Ordaz, afirmaba ante una asamblea general de la Confederación de Cámaras Industriales: "Los años de la Administración del Presidente Díaz Ordaz han sido años de progreso. De 1964 a 1968, el producto nacional bruto... aumentó a precios constantes en 29.1%. en tanto que el producto generado en la actividad manufacturera creció en

40.3%. Mientras que en 1964 las actividades industriales, manufactureras, construcción, minería, petróleo y electricidad representaron el 35.2% del PNB, en 1968 avanzaron hasta representar el 37.8%. Las manufacturas, aisladamente, alcanzaron el 24.9% en 1964 y el 27.5% en 1968". ("Desarrollo de la industria mexicana 1964-1968" en *El Mercado de Valores*, Seminario de Nacional Financiera, año XXIX, No. 14, 7 de abril de 1969 p. 219).

La medida real del deterioro que referimos se encontraba fuera de semejante discurso y tenía que ver con la situación concreta de amplias capas sociales en el país: "...los desempleados se acumulaban rápidamente y la satisfacción de las necesidades de servicios educativos, médicos, sanitarios y de vivienda tenía un retraso de lustros. El desarrollo del transporte por carretera no había arrancado en vastas áreas rurales del país y el estancamiento de los ferrocarriles se convertían en un cuello de botella para las actividades ya establecidas. Petróleo, así como otros recursos que, según se puede comprobar hoy día, el país tiene en abundancia, se tenían que importar en cantidades crecientes... La autosuficiencia en materia de producción de alimentos... se hizo insostenible a causa de la descapitalización del campo, de la lenta expansión de las áreas de riego, del ostracismo de los agricultores de subsistencia y por la falta de esfuerzos que contribuyeran a la organización de campesinos.

El crecimiento del mercado interno también se estancaba: poco podían comprar los obreros cuando sus ingresos aumentaban con un retraso de dos años con respecto a los precios y mucho menos aun los campesinos cuyas remuneraciones... fueron forzadas de modo persistente a la baja..." (Carlos Tello, *La Política económica en México. 1970-1976*. Ed. Siglo XXI, México, 1979, pp. 13-14).

5. Al evaluar las principales causas del crecimiento experimentado entre 1950 y 1970, Alejandro Alvarez y Elena Sandoval señalaban: "...El crecimiento sostenido y la desigualdad interna del sector industrial han sido posibles básicamente por lo siguiente: en primer lugar, las tasas de explotación de la fuerza de trabajo han sido increíblemente altas, entre otras razones debido al control estatal sobre las organizaciones sindicales..." ("Desarrollo industrial y clase obrera en México", en *Cuadernos Políticos*, No. 4, abril-junio de 1975, p. 9). Conviene por otra parte recordar que fue durante el gobierno diazordacista cuando se fundó el Congreso del Trabajo. Sólo dos años antes de dicho evento (1966) el panorama entre las principales centrales sindicales del país, se dibujaba así: La Confederación de Trabajadores de México (CTM) decía reunir un millón y medio de afiliados, la Revolucionaria de Obreros y Campesinos contaba con 150,000; 35,000 más pertenecían a la CROM, seguida por la Confederación General de Trabajadores y la Revolucionaria de Trabajadores, con

25,000 cada una. (Robert E. Scott, *Mexican Government in Transition*, University of Illinois Press, Urbana, Ills., 1964, pp. 166-167). En términos numéricos, cuando menos, prevalecía una incontrastable hegemonía de parte del sindicalismo oficial. El 25 de noviembre de 1968, con la representación del Congreso del Trabajo, Manuel Rivera, líder sindical, expresaba tales intenciones: "...También hacemos de su conocimiento que al estallar el injustificado conflicto estudiantil, absolutamente todas las organizaciones condenaron los actos de provocación violenta o de subversión, cuya única finalidad fue interrumpir la vida normal del país y atentar contra las libertades e intereses del mismo pueblo". (Ceteme. 30 de noviembre de 1968).

7. Es amplio el número de publicaciones y estudios que brindan información o intentan caracterizar la insurgencia sindical de los setenta. Entre las primeras remitiremos sobre todo a revistas como *Punto Crítico*, *Solidaridad* y *Oposición*. En relación con las aproximaciones de conjunto habría que citar a Francisco Pérez Arce, *La insurgencia obrera 1970-1976*, en CEHSMO, *Memoria del 2o. Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, 1979, t. II, pp. 1261-1301; Magdalena Galindo, "El movimiento obrero en el sexenio cheverrista", en *Investigación Económica*, No. 4, octubre-diciembre 1977, pp. 97-127; la compilación *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario*, prólogo de Rodolfo F. Peña, Ed. El Caballito, México, 1973, 503 pp; Daniel Molina, "La política laboral y el movimiento obrero. 1970-1976" en *Cuadernos Políticos*, No. 12, abril-junio de 1977, pp. 69-88; Enrique Contreras Suárez *et al.* "Los recientes movimientos obreros mexicanos pro-independencia sindical y el reformismo obrero" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIV, núms. 3/4, México, 1972, pp. 845-876; y Jorge Basurto, *En los años setenta*, Ed. Siglo XXI, México, 1984.
8. Arturo Anguiano, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ed. ERA, México, 1975, 167 pp.; Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*. Ed. ERA, México, 1974, 219 pp.; Rogelio Vizcaíno *et al.* *Cárdenas y la izquierda mexicana*, Juan Pablos Editor, México, 1975; Francie R. Chassen, "La CTM y la expropiación petrolera" en CEHSMO, *Memoria del primer Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, 1977, pp. 91-113; Samuel León, "El Comité Nacional de Defensa Proletaria" en *Ibid.*, pp. 55-83; Sergio L. Yáñez Reyes, *Génesis de la burocracia sindical cetemista*, Ed. El Caballito, México, 1984.
9. Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959*, Ed. ERA, México, 1972, 196 pp.; Benjamín Hernández, "Del pacto de sindicatos industriales a la represión. Enero a octubre de 1948", en CEHSMO, *Memoria del 2o. Coloquio...* t. II, pp. 901-1038; Aurora Loyo Brambila, *El mo-*

- vimiento magisterial de 1958 en México, Ed. ERA, México, 1979, 115 pp.
10. Guillermina Bahena Paz y Alfonso Cerón, "La ideología de la Confederación General de Trabajadores (1921—1931)" en CEHSMO, *Memoria del 20...* t. I, pp. 473—532; Rogelio Vizcaíno, "Recordando 1921" en *Yucatán: Historia y Economía*, año 3, No. 15/16, septiembre-diciembre de 1979, pp. 15—39; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana (1860—1931)*, Ed. Siglo XXI, México 1980; Miguel Rodríguez, *Los tranviarios y el anarquismo en México (1920—1925)*, UAP, México, 1980. Guadalupe Ferrer y Francisco I. Taibo II "Los hilanderos rojos" en CEHSMO *Memoria del 20...*, t. I, pp. 669—753; Francisco I. Taibo II y Rogelio Vizcaíno. "Informe sobre los rojos (mayo 1918—febrero 1921)" en *Varios, Historia y crónicas de la clase obrera en México*, ENAH—INAH, 1981, pp. 45—100.
 11. Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México, 1850—1930*, IIS—UNAM, México, 1975, 300 pp.; John Hart, op. cit.; Juan Felipe Leal et al, *Del Estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, Ed. Siglo XXI, México, 1980, 300 pp.; Varios, "La formación del proletariado industrial en México" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 83, año XXI, enero—marzo 1976; Guillermo Garduño, "El Estado y los movimientos de trabajadores en la República Restaurada (1867—1876)" en CEHSMO, *Memoria del 20...*, t. I, pp. 47—77; Ana María Prieto H., "Cronología de las luchas y organizaciones en el siglo XIX" en *Varios, Historia y...*, pp. 11—43.
 12. Ramón Eduardo Ruíz, *La revolución mexicana y el movimiento obrero 1911—1923*, Ed. ERA, México, 1978; Jorge Jaber et al "Alrededor de febrero de 1915" en CEHSMO, *Memoria del 20...*, t. I, pp. 353—427; Esther Shabot A., "La Unión de Mecánicos Mexicanos y la huelga de 1906" y J. Woldenberg, "La huelga de la Unión de Mecánicos Mexicanos 1912—1913" en *Ibid.*, pp. 163—310; Esperanza Tuñón, *Huerta y el movimiento obrero*, Ed. El Caballito, México, 1982, 117 pp.
 13. Si recurrimos a la clasificación de J. Woldenberg sobre una muestra de 151 publicaciones, en 1978, podemos constatar que el número más alto (27) corresponde al rubro "conflictos", sin duda referidos a las acciones y la movilización. Otros dos grupos, "Relaciones Estado—clase obrera" (22) y "organizaciones" (15), suman 37 trabajos más de una u otra forma ligados con la dinámica obrera. Y si a los anteriores agregamos "relaciones obrero—patronales" (3), "demandas" (3) y "estructuras organizativas y control" (6), también cercanos, podríamos afirmar que 76 obras de las manejadas (más del 50 por ciento del total) abordan aspectos relativos a la movilización obrera. "Características de los estudios...", pp. 17-18.
 14. A lo largo de su existencia, el CEHSMO llevó a cabo cuatro Coloquios Regionales de Historia Obrera; las sedes fueron: Jalapa (1977), Mérida (1979), Colima (1980) y Toluca (1982). Tenemos el dato de las ponencias presentadas en los tres primeros eventos: 29 en 1981, 41 en 1979 y 60 en 1980. No conocemos la cantidad de trabajos que se llevaron a Toluca. Es conveniente mencionar que a Colima, además de académicos, asistieron trabajadores y sindicalistas con elaboraciones propias. Para mayores datos consúltese: "La ENAH en el 3er. Coloquio de Antropología Obrera" en *Cuicuilco* (revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia), año II, núm. 4, abril de 1981, p. 67.
 15. Conviene enfatizar aquí un asunto muy importante: el modelo de investigación fundado en períodos de gobierno —sexenales o no—, modelo bastante soportado en el medio intelectual mexicano, presenta varias dificultades: en primer lugar, establece una preeminencia no siempre cierta del acontecer político—institucional sobre los demás procesos de la vida social. Fragmenta, debido a ello, en forma artificial, secuencias y desarrollos como los económicos, que sólo pueden ser valorados cuando se los mira en más amplia dimensión. Establece, asimismo, una suerte de compulsión por observar hechos de significado o extensión menores, atribuyéndoles dimensiones ajenas pero necesarias para alcanzar los objetivos de la indagación. Finalmente, por lo que toca a los movimientos sociales, se tiende a subordinar la dinámica de los sectores, grupos o clases involucrados a los ritmos, tiempos y circunvoluciones de la acción pública.
 16. Esta referencia se agregó posteriormente, al prepararse la edición del trabajo.